

Una palabra sobre la sexualidad en la época del SIDA

No pocas campañas de prevención contra el SIDA pretenden conseguir la mayor libertad en las conductas personales y la mayor seguridad. Subyace una concepción de la sexualidad poco humanizada.

El autor —colaborador de la revista *Etudes* de los jesuitas franceses— desde una perspectiva no-confesional reflexiona sobre la sexualidad humana en un nivel de dignidad y seriedad que contribuye a situar la sexualidad y el SIDA en un contexto de responsabilidad y respeto.

Xavier Lacroix*

UNA palabra sobre la sexualidad en la época del SIDA debe rebasar el marco de la prevención del SIDA. Esta será la finalidad de este artículo (1). Si se habla de la sexualidad con ese

(1) Este texto surge a partir de una conferencia pronunciada en Marsella, por invitación de la asociación *Chrétiens et SIDA*.

* Director del Instituto de Ciencias de la Familia. Lyon.

único fin, será muy difícil evitar caer en uno de estos dos defectos: enfocar la sexualidad sólo desde el ángulo de la prevención del SIDA, con peligro de ser reduccionista o sumariamente pragmático; o bien abordar la sexualidad de una forma más global, humana, ética, espiritual, con el riesgo de poner la moral al servicio de la prevención o, lo que tampoco es mucho mejor, la prevención al servicio de la moral. Ninguno de los dos casos es satisfactorio. La sexualidad es una realidad humana profunda, cuyas conductas se remontan lejos en la historia y en la afectividad. La sexualidad depende de toda una educación o de la ausencia de educación. Las cuestiones y actitudes decisivas que la conciernen se sitúan muy por encima de la simple profilaxis. Hay que abordarlas por sí mismas.

Sin embargo, el SIDA desempeña un papel de revelador de carencias y de preguntas más o menos ocultas en nuestra cultura. Reflexionaremos en primer lugar sobre la importancia de la irrupción de la epidemia y de los intentos de prevenirla a que ha dado lugar hasta el momento actual. Intentaremos después exponer aquellas palabras que se pueden decir sobre la sexualidad, con independencia de toda moral confesional. Reflexionaremos después también, brevemente, sobre las modalidades, los medios, los lugares de esa palabra.

La ligereza y la gravedad

TODO sucede como si la fatalidad se abatiese sobre la sexualidad para impedirle acceder a un estatuto de actividad ligera, liberada, sin consecuencias, como tantas veces se le ha venido prometiendo recientemente. En las civilizaciones llamadas primitivas o tradicionales existía un temor sagrado ante lo sexual: durante milenios había aprensión ante la concepción y el nacimiento ilegítimos; existió la dramatización cristiana de la carne, las morales rigoristas de tipo familiar, puritano o burgués; existió el miedo a las enfermedades venéreas, como la sífilis. Después, cada uno de estos factores parece haber sido superado paso a paso por la secularización, la contracepción, el liberalismo y el progreso de la medicina. Fue la época de los propósitos triunfales de la liberación sexual. Un periodista del *Nouvel Observateur* podía escribir: «La sexualidad parece definitivamente liberada de todas las servidumbres orgánicas que limitaban su ejercicio. Por vez primera, el amor, el placer van

a ser completamente libres. Es la edad de oro, el paraíso terrestre al alcance de todos». Y bruscamente, como un trueno en un cielo despejado, aparece el fenómeno del SIDA. Los propósitos «liberados» se transforman en advertencias contra una enfermedad mortal transmitida por el acto de amor en la intimidad amorosa. Bruscamente el lugar de inocencia se convierte en algo nocivo; la vida íntima, el sacrosanto dominio de lo privado queda afectado por un peligro público, objeto de una admonición pública; el lugar de la ligereza, de lo efímero, del juego se convierte bruscamente en el lugar de la gravedad. De diferentes maneras, esta gravedad queda cargada de sentido.

El virus se transmite ante todo por la sangre y el espermatozoides, dos sustancias del cuerpo eminentemente íntimas, portadoras de vida (los antiguos hablaban de su «alma», de su espíritu o *pneuma*). Además de la transfusión, estas sustancias se transmiten por el coito, que es el acto más íntimo que existe. Efectivamente, el contacto de las mucosas no es algo anodino, sino portador de una fuerte carga afectiva, realiza y traduce la más grande de las proximidades corporales, en la frontera misma entre lo interno y lo externo, donde los confines de los cuerpos se convierten en algo fluido. La biología recuerda aquí datos que el psiquismo capta en su trasfondo como simbólicos.

Sangre y espermatozoides, portadores de vida, se convierten en portadores de muerte. Este encuentro de la vida y la muerte remueve la imaginación profunda, reactiva fantasmas y angustias arcaicas. El viejo parentesco del amor y la muerte sale de los manuales de literatura para ocupar el primer plano de la escena. Y hace revivir ahí también otro sentimiento arcaico, el de la cercanía entre el sexo y lo sagrado. Parentesco muy antiguo, que es una constante humana, como lo han puesto de manifiesto Georges Bataille, Roger Caillois, René Girard. Es sagrado aquello que suscita el temor (*tremendum*) donde se juegan los confines de la vida, el contacto con la violencia y lo absoluto (2). Lo absoluto había quedado algo olvidado por las imágenes procedentes del racionalismo científico que no llegan hasta las capas profundas del inconsciente.

La amenaza del SIDA, de una tercera manera, recuerda la gravedad del acto sexual ya que es una señal de lo desconocido en la otra persona. Uno de mis estudiantes proponía en una ocasión traducir SIDA por «Sig-

(2) «En la sexualidad hay una predisposición intrínseca a expresar lo sagrado». Georges Bataille, *L'Érotisme*, Ed. de Minuit, 1957, pág. 22.

ne Indistinct De l'Autre». Se recuerda así que la unión sexual es unión con un ser que, en una cierta parte irreductible, me es extraño. Se plantea entonces la cuestión de la confianza o la desconfianza. Volveremos sobre esto.

Frente a esta amaneza, las campañas de información y de sensibilización han optado con frecuencia por el tono de la ligereza, del humor y, en ciertos países, del ridículo: tono divertido y sonriente de acuerdo con las normas de la comunicación y de la publicidad, al estilo de la *soft ideology* analizada por Gilles Lipovetsky. Estas campañas han elegido centrarse en un acto muy preciso, un objeto bien definido: «El preservativo preserva de todo, menos del amor», «Los preservativos le desean buenas vacaciones», «El invierno se acerca, no salga sin protección».

Pero todos estos eslóganes subrayan la poca eficacia de tales mensajes. Bruno Larrose escribía en 1990: «Las evaluaciones de las campañas nacionales de lucha contra el SIDA revelan que las acciones emprendidas han ofrecido a la población un nivel satisfactorio de información acerca de la transmisión del virus y la prevención, pero la mayor parte de esas campañas han fracasado en lo más importante: los cambios de comportamiento reducidos únicamente al empleo del preservativo» (3). Aquí y allá aparecen análisis críticos de este fracaso o semi-fracaso. Se subrayan en particular tres rasgos:

- Un discurso exclusivamente profiláctico y biológico, que no toma suficientemente en cuenta la dimensión psico-afectiva y relacional de la sexualidad.

- Una tonalidad mortífera, es decir, un discurso basado en el miedo. Es dudoso que se pueda modificar establemente un comportamiento basándose en advertencias. La relación con el riesgo es compleja. La vida es riesgo y los límites fascinan a los jóvenes. El amor, además, está dispuesto a arrostrar todos los peligros. «Quiero compartirlo todo contigo» dirá Laura a Jean en *Las noches salvajes*. Sin hablar de otras ilusiones más fuertes que cualquier otra racionalización, tales como «Cuando amo soy invencible» o «Con ella soy puro» (del mismo filme).

- El preservativo no es tan anodino como parece. Tropieza con resistencias profundas. Utilizarlo se convierte en «preservarse» (acto y palabra simbólicos). Su barrera de caucho remite al muro que separa al hombre y a la mujer. El preservativo, como objeto, es vivido como un

(3) B. Larrose: «Sida, les limites d'une prévention», *Etudes*, enero, 1990, pág. 43.

tercero en la relación, un obstáculo a la inmediatez del amor. Resulta paradójico que el preservativo sea aconsejado sobre todo en las relaciones de aventura, mientras que es precisamente en esas relaciones cuando es menos utilizado. Parece como si el proponerlo fuera un acto de desconfianza en una relación que, en profundidad y en principio, descansa en la confianza (4).

— Es claro que si a un cierto nivel de mensaje y de intervención el preservativo es una medida de prevención mínima, hay que reconocer también que la insistencia exclusiva en este modo de prevención tiene algo a la vez de ridículo, de sintomático, incluso de criminal. Algunas formas de propaganda hacen pensar literalmente en la historia del bombero pirómano. Al hacer la propaganda del preservativo, ¿cómo no ver que se está difundiendo al mismo tiempo una imagen de la sexualidad, ciertos modelos de vida erótica que, precisa e innegablemente, son una de las causas principales de la difusión de la epidemia? (5). Con Michel Demaison (6) podemos caracterizar la función ideológica del preservativo con tres términos: *pantalla*, reactiva los fantasmas de una sexualidad puramente funcional o lúdica (a no ser que sea una sexualidad mortífera); *careta*, puede mantener la ficción de que así se resuelve el drama personal, social y médico del SIDA; *coartada*, dispensa de plantearse la pregunta sobre el sentido de la relación sexual. La exclusividad de este tema puede ser entendida como una tentativa desesperada de «preservar» la imagen de una sexualidad ligera en este contexto de gravedad que, no se olvide, es también el contexto de una gravedad más amplia).

En cuanto a los discursos que se tendrían más allá del acto sexual son objeto de verdaderos tabúes. Tomemos el ejemplo de la fidelidad. ¿Cómo no ver que esta actitud queda aquí necesariamente puesta en cuestión? «Hacen falta dos para hacer el amor, pero tres para transmitir el virus». El profesor Montagnier declaraba en 1987: «Si cada uno tuviese menos de cinco acompañantes sexuales, la epidemia del SIDA se extinguiría» (7).

(4) «¿Cómo amar a alguien en quien no se tiene confianza?» Estos y otros propósitos son citados en B. Larrose, *op. cit.*, pág. 46 y por Lançon, *L'événement du Jeudi*, 25 junio, 1992, pág. 66.

(5) «La promoción del preservativo se inscribe también en una concepción cultural de la sexualidad que la rebaja al rango de necesidad. Es una invitación normativa al consumo sexual sin límite y sin discernimiento, entre búsqueda del placer y búsqueda del deseo» (B. Larrose, *op. cit.*, 48, 52).

(6) Centre Bio-éthique de l'Université Catholique de Lyon, Comunicación de la Escuela de Enfermeras Rockefeller, 5 febrero 1991.

(7) *Le Monde*, 5 agosto 1987.

Pero se rechaza, y a veces violentamente, esta problemática del cuestionamiento de las conductas. Este rechazo ¿no será el mismo rechazo de la ética? La fidelidad no está en el horizonte de los valores cotizables. En ciertos ambientes apenas se puede pronunciar esta palabra.

No se puede ignorar esta situación en la práctica. Sin embargo nos parece que, teniendo en cuenta lo nuevo de la gravedad del entorno de la sexualidad, se puede intentar un discurso coherente y aceptable que afronte este aspecto importante de nuestras vidas. Quiero correr aquí el riesgo de intentarlo.

Por una educación sexual

ANDRÉ Ruffiot (8), al referirse a la ética sexual, habla de «ausencia de cuerpo». Esta ausencia, sin embargo, no es total, y el propio Ruffiot discierne cinco valores que emergen de la conciencia moral común de nuestra sociedad: el reconocimiento de la igualdad del hombre y la mujer, la reprobación del incesto, la reprobación de la violencia y la explotación, la protección y el respeto de los más débiles, el rechazo de los ostracismos. Me parece que se puede ir más lejos aún, en la medida en que la filosofía reciente —fenomenología y personalismo en particular—, al confluir con ciertas intuiciones de las ciencias humanas como el psicoanálisis permiten establecer un conjunto de proposiciones éticas que son asumibles por interlocutores de mentalidades muy distintas. He hecho esta experiencia. El contenido de tipo filosófico puede ser propuesto en un contexto no confesional. Hay que evitar por todos los medios las conexiones apresuradas entre ética y religión, residuos de una sacralización de lo sexual y muy a menudo coartadas para liberarse de la responsabilidad educadora, endosándola, en este dominio difícil, a los confesores. No puedo sino apuntar aquí brevemente un itinerario en cuatro etapas (9).

El cuerpo lenguaje. La sexualidad está constituida por gestos. Pero los gestos de ternura son mucho más que simples medios para llegar a un único fin como sería el orgasmo. Son actos por los cuales dos cuerpos se familiarizan. Como todos los gestos humanos, tienen un sentido, son len-

(8) Ver el excelente texto «L'Education sexuelle en tant que prevention», en *L'Education sexuelle au temps du Sida*.

(9) Desarrollo esto en mi obra *Le Corps de chair*, Cerf, 1992.

guaje y expresión. Habría que volver a exponer y proponer aquí toda una semántica de los gestos de ternura. *Acariciar* no es sólo experimentar el contacto con la piel del otro; es también acercarse a él, explorar su cuerpo, celebrarlo. «Con una sola caricia te hago brillar en todo tu esplendor» (10). Paseo por el cuerpo-paisaje, la caricia no es tanto conquista cuanto búsqueda, poética, gratuita, sin finalidad. Es experiencia de esa imposible posesión del otro. En su carne está él (o ella) aquí, cercano, muy cercano y a la vez inapresable, siempre otro, siempre por venir... «Caricia» está en relación con «ternura» y con «promesa». *Abrazar*, rodear con sus brazos, abrirlos para recibir, cerrarlos para acoger, traer al otro hacia sí. Imagen de la relación no violenta, el abrazo, imitando la posesión, expresa la dulzura de la acogida recíproca en que cada uno abre su propio espacio al del otro. El *beso*, victoria sobre el apetito destructor, transforma el significado corriente de la oralidad. La boca ya no es el órgano devorador, sino expresión del respeto o de la sed del otro, del intercambio de aliento, del deseo de alimentar al otro, intercambio íntimo que anuncia otros intercambios íntimos. Después la palabra, el retorno a las fuentes de la palabra. «Amantes, cuando os lleváis el uno a otro a los labios como para beber...» (11). *Penetrar, ser penetrado*: gestos de hospitalidad. Ser acogido, acoger. El acto puede ser más o menos violento, acompañado de un consentimiento mayor o menor de los sujetos... Pero ¿de dónde viene este deseo de «ser incluido»? (12). Cada uno de los dos compañeros, masculino o femenino —la diferencia no carece de sentido—, rodea y acoge a su manera al otro. En la línea de esta recapitulación de sentido, no parece excesivo reunir los diversos significados en los dos términos de acogida y de don. El empleo de estos términos lleva ya en sí en germen toda una orientación ética.

El cuerpo me compromete. Soy mi cuerpo, tú eres tu cuerpo. No es suficiente decir que tenemos un cuerpo. La sexualidad se revela como una experiencia de encarnación, de inmersión del yo en el cuerpo. La orientación del deseo va en el mismo sentido que la intuición ética, en oposición al dualismo. La llamada de la ética es una llamada a la unificación: sé uno, sé coherente con lo que tus gestos significan. Lo que es contrario a la ética es la disociación; disociación, por ejemplo, entre la intención y el

(10) Paul Eluard: *L'Amour, la poésie*. Gallimard, 1929, Libro de bolsillo, pág. 98.

(11) R. M. Rilke: «Deuxième Élégie», *Obras completas*. Seuil, 1972, pág. 351.

(12) Expresión de S. Ferenczi, contemporáneo de Freud.

sentido de los gestos. Don, acogida: estos significados comprometen. Indican una transición del conocimiento a la relación, de la relación al vínculo. Como dice certeramente el zorro de *El principito*, «Familiarizarse es crear vinculaciones».

Llamada a la responsabilidad. Esta llamada debe afectar al conjunto de la relación y no limitarse al empleo de un objeto de látex. Se trata aquí, según los propósitos del *Talmud* citados por Levinas, de responder de sí mismo y del otro: «Si no respondo de mí, ¿quién soy? Pero si no respondo más que de mí, ¿sigo siendo todavía yo? (13). Responder de sí mismo asumiendo su deseo, dominando las pulsiones. Si no soy responsable del nacimiento de las pulsiones, al menos soy el responsable de su control. Frente al otro mi responsabilidad es tanto más grande cuanto que en la relación carnal, ella (él) se entrega en su debilidad haciéndose vulnerable. Los gestos suscitan en el otro expectación, confianza, abandono. Cada uno sabe que una confianza traicionada puede ser el lugar de las heridas más profundas. Heme aquí, por tanto, responsable de esta confianza, de este abandono, de esta vulnerabilidad. *Aquí* se puede incluir una llamada a la responsabilidad en relación con las enfermedades de transmisión sexual y el SIDA. Este último recibe entonces su sentido y su medida en el seno de una perspectiva más amplia; no se traduce sólo ante la urgencia «en catástrofe», como si fuese una técnica, en el momento en que ya es demasiado tarde. De una manera más general, me parece que se habla de la sexualidad exclusivamente en términos de deseo y no suficientemente en términos de responsabilidad. El lenguaje de las ciencias humanas ha tomado ampliamente la delantera al lenguaje de la ética.

Una triple integración. La sexualidad no se humaniza ni se personaliza sino cuando está integrada. Esto puede ser percibido en varias direcciones.

Integración del tiempo. Humanizar las pulsiones, unificarlas, es introducir las en la dimensión de duración (14). Esta puede recibir dos nombres. Ante todo *espera*, es decir, sentido de la preparación, de la maduración, de una distancia soportada, de una soledad asumida. En esta dirección puede encontrar su sitio una propuesta referida a los valores apenas mencionables de castidad, continencia, virginidad. El segundo nom-

(13) *Talmud de Babylone*. Tratado *Aboth*, 6a, citado por Emmanuel Levinas.

(14) Cfr. Catherine Perrotin, Centro de Bioética de la Universidad Católica de Lyon. Conferencia en la UDECOP, 7-II-1992.

bre de la duración será *fidelidad*. Fidelidad como prueba de la diferencia y construcción de la relación. ¿Quién no ve que, en el momento actual, está cargada de ambigüedades, de ilusiones, de fantasmas? El tiempo ofrece la única posibilidad de pasar de la relación soñada a la relación real, del otro como yo lo imagino al otro como en realidad es.

Integración de la *dimensión social*. La sexualidad es algo mucho más social de lo que generalmente se piensa, no sólo por los determinismos que la caracterizan sino como conducta en cuanto tal. Formar una pareja es siempre una forma de situarse en relación a los otros, de convertirse en algo significativo que encarna unos determinados valores, un cierto tipo de humanidad. La socialización está también vinculada con la responsabilidad.

Integración de la *dimensión de fecundidad*. La apertura a la fecundidad marca la madurez del deseo sexual, como Freud y Erikson entre otros muchos han puesto de manifiesto. La fecundidad viene a abrir la relación, orientada hacia un tercero y hacia un porvenir. Se puede mostrar cómo la fecundidad planifica el sentido, incluso desde el punto de vista erótico, es decir desde el deseo y el placer (15).

Estas proposiciones pueden ser presentadas de manera no moralizante. Ganarán si se apela a los recursos de la cultura: cine, literatura, poesía. Lo que en el fondo está en cuestión es la oferta de sentido, la apertura de un horizonte. Se trata en cierto modo de explicitar una dimensión que puede parecer nueva pero que ya está presentida en algo que llamaría espiritual, entendiendo por este término el dinamismo de la libertad y del amor.

El discurso educativo no puede evitar la cuestión de la homosexualidad. ¿No se estima en uno de cada veinticinco la proporción de personas marcadas por una estructura de deseo homosexual? Se impone aquí ante todo la exclusión de toda discriminación o de toda forma de rechazo que bien puede ser calificado de racista. Es conocido, además, que la discriminación y el rechazo pueden encubrir un temor o una angustia frente a la propia identidad y orientación sexual. Hago mía la invitación de Xavier Thévenot que propone no tratar el término «homosexual» como un sustantivo sino siempre como un adjetivo, haciéndole preceder del término «persona». La persona homosexual no queda definida únicamente por su homosexualidad.

(15) Ver sobre este tema el excelente desarrollo de Henri Van Lier en *L'Intention sexuelle*. Casterman, 1968, pág. 82.

No menos importante es la afirmación de una disimetría entre heterosexualidad y homosexualidad. Frente a afirmaciones ampliamente difundidas, por estricta honestidad y respeto a la verdad me parece que hay que decir que las conductas homosexuales son, según la expresión de Francis Rollin, «objetivamente deficientes». Esta deficiencia se puede traducir en términos diversos: interrupción del desarrollo sexual, una muy marcada orientación narcisista, una gran compulsividad... Negar todo esto, sobre todo en un contexto educativo, en relación con jóvenes que se encuentran en un período de duda y de incertidumbre, me parece una falta de responsabilidad educativa. Dicho esto, las personas homosexuales, en la situación en que se encuentran, están llamadas a los mismos valores éticos que los otros. Por ejemplo, a la fidelidad o, más aún, a la castidad, entendida como respeto del cuerpo del otro, aceptación de la diferencia y aprendizaje del dominio de las pulsiones. Sin excluir que este camino pueda tomar la forma de continencia, aunque ésta no sea posible ni deseable para todos. Un sabio consejero decía: «Lo importante no es el punto de llegada sino el paso hacia adelante».

Lugares y medios

¿EN qué lugares se puede desarrollar esta palabra de propuesta de sentido cuya necesidad y posibilidad he intentado mostrar?

En la *familia*, que sigue siendo el primer lugar de educación. Ofrece una transición entre lo íntimo y lo público. La palabra está ahí mediatizada por referencias comunes, pero lo esencial se dice más allá de las palabras. *Toda educación es atmosférica* (16). Es cierto que en lo que concierne a la afectividad, los padres no siempre son los que están mejor situados para ser escuchados por sus hijos e hijas adolescentes; son muchos los obstáculos y factores de mutismo y malentendimiento. Evoquemos sin embargo, además de la importancia de lo «no-dicho», esos momentos de gracia en que, de manera imprevisible, se produce la comunicación y en que las palabras, no muchas y quizás no las adecuadas, tienen un gran peso. Evoquemos también las comunicaciones indirectas, a propósito, por

(16) Jean Lacroix: *Forces et faiblesses de la famille*. Seuil, 1948, pág. 88.

ejemplo, de películas, de programas de televisión o de acontecimientos sociales.

El segundo lugar importante es, desde luego, *la escuela*. También tiene sus límites, intrínsecos a su función o accidentales, pero es un lugar de transmisión y de cultura. ¿Cómo, por tanto, no iba a tener su parte de responsabilidad en la educación afectiva? Aquí no podemos sino lamentar la acentuada brevedad del tiempo de información y *a fortiori* de educación relativa a la vida sexual. Los propósitos muy a menudo se limitan a una aproximación higienista y profiláctica predominantemente negativa: *¿cómo evitar* —todo de golpe— el embarazo, las ETS (enfermedades de transmisión sexual) y el SIDA? ¿Por qué corresponde esto únicamente al curso de biología? ¿Por qué los profesores de francés, de filosofía y otras asignaturas no sienten su propia responsabilidad en este campo? Habría que preguntar a veces cuál es la imagen que resulta del amor, de la pareja, de la sexualidad y del matrimonio en las obras estudiadas más corrientemente, casi exclusivamente, en la enseñanza secundaria. Por el contrario, ¿quién contará las ventajas de obras gustadas e interiorizadas, como las de Rainer María Rilke, Paul Eluard, Paul Claudel, Saint-John Perse?

Aunque sea soñando un poco, evoquemos el programa de educación sexual como elemento de un programa más amplio de formación personal y social, establecido por el Gobierno canadiense desde el comienzo de la educación primaria hasta el final de la secundaria, al ritmo parsimonioso, es cierto, de cinco horas cada año. El programa y los objetivos desbordan ampliamente las finalidades profilácticas. Citemos simplemente los tres «ejes dinámicos» propuestos como objetivos globales de estos programas:

«1. Fomentar en el alumno, chico o chica, el desarrollo de una percepción positiva y valorizadora de su identidad sexual, corporal y psicológica, así como la integración armónica en su personalidad de las diversas dimensiones de la sexualidad.

2. Fomentar en el alumno el conocimiento de los demás seres sexuados, así como una buena comprensión de las condiciones afectivas, psicológicas, sociales y morales, que permitan enriquecer las relaciones humanas y fundamentar un proyecto de vida de calidad, como hombres y mujeres responsables en la pareja y, eventualmente, en la familia.

3. Fomentar en el alumno una comprensión personal y crítica de las realidades culturales y sociales de la sexualidad, así como una actitud positiva frente

al ejercicio del rol sexual como hombre y como mujer, tanto en el plano profesional como familiar y social.»

Siguen unos objetivos generales y apartados concretos tanto para la enseñanza primaria como para la secundaria (17).

En el apartado *terceros lugares* mencionaría los grupos, comunidades, movimientos, capellanías, parroquias, asociaciones, lugares intermedios entre la comunidad familiar restringida y la sociedad amplia, a menudo anónima, en que los jóvenes pueden encontrarse con los mayores como también mezclarse con los iguales con los cuales comparten a la vez un fondo educativo común y determinadas diferencias. Lugares de solidaridad, de apoyo, de diálogo donde se puedan experimentar otro tipo de relaciones distintas de las familiares, amorosas o de camaradería. Lugares sobre todo de amistad, y mucho habría que decir sobre la amistad en la época de la adolescencia. En otros grupos puede nacer una palabra más libre que en la familia, más particularizada que en la escuela, más abierta que en las parejas, menos insignificante que en los mensajes de los medios. A veces los adultos se atreverán a hablar a los jóvenes con toda libertad, es decir, situándose frente a ellos como adultos y no como adolescentes mayores. En el tiempo del SIDA, más todavía que en ninguna otra época, es ésta la palabra que espera la generación que va creciendo. Los mensajes técnicos a corto plazo o infantilizantes son más insuficientes que nunca.

(17) Citado en Guy Durand, *L'Éducation sexuelle*, Fides, Montréal, 1985, págs. 18-41. También en Inglaterra existe un programa de educación moral y sexual para uso de las escuelas católicas: *Family life programme*. Ver la comunicación de monseñor Couve de Murville (Birmingham) en la Asamblea episcopal de Lourdes, 1992, publicada en *La famille, l'oecumenisme*, Centurion, 1993, pág. 152.